

FORUM EUROPA

Don Ximo Puig
Secretario General del PSPV-PSOE

Madrid, 4 de diciembre de 2013

Con el patrocinio de

Don Ximo Puig, Secretario General del PSPV-PSOE

Buenos días a todos, Presidente Rodríguez Zapatero, Presidenta de la Junta de Andalucía... Buenos días señoras y señores, amigos y amigas que compartís este acto con nosotros. Sentimos vuestro cariño, vuestra comprensión y desde aquí os pido también vuestra complicidad con la Comunitat Valenciana.

Muchas gracias, Alfredo, por tus palabras, por tu apoyo, y por tu compromiso con la Comunidad Valenciana. Gracias a Nueva Economía Fórum, a sus patrocinadores y a su presidente, José Luís Rodríguez por su invitación.

En un momento en que muchos quieren hablar pero muy pocos escuchar, ámbitos como éste son una oportunidad para debatir sobre el futuro con seriedad, sin populismo y sin demagogia.

Permítanme que para empezar tome prestadas unas palabras de Manuel Vicent, que reflejan bien lo que yo creo que es un peligro que todos debemos conjurar:

“Un ciudadano debe considerarse amortizado, descatalogado o realmente muerto cuando ya no se sorprende de nada y admite de antemano que las cosas son como son y nada se puede hacer para cambiarlas”.

Es cierto. El cinismo y la resignación son los aliados imprescindibles de los que no quieren cambiar nada.

Vivimos momentos de desconfianza, de fractura entre los políticos y la sociedad. Ser político es ser un sospechoso. Ser político y además periodista, como es mi caso, ya ni les cuento.

Lo peor que produce la distancia entre la política y la sociedad no es sólo la desconfianza, la desafección y la frustración: lo peor de lo peor es la resignación y la indiferencia. Porque la herida de la política es la herida de la democracia.

No me estoy refiriendo, claro está, a cualquier forma de hacer política. Frente a la política de los pecados capitales, la de la codicia, la soberbia, la trivialización, la banalidad, la mentira recurrente y el cortoplacismo.

Quiero reivindicar la política auténtica, la honrada, la que se enfrenta a los problemas sin populismos. El viernes en Burjassot, sede de la TV valenciana, comprobamos la diferencia.

Como político, como periodista, como ciudadano, ver entrar a la policía en la sede de Canal 9 para liquidarla, en un episodio propio de nuestro añorado Luís García Berlanga, me recordó a Grecia y a una etapa de la España del siglo pasado que creíamos ya superada.

Es tentador y es contagioso en política, caer en la demagogia y yo podría aquí hablarles largo y tendido de trajes y de bolsos, de Fórmula 1, del caso Gürtel, del caso Brugal, del caso Fabra y del declive del centro de Investigación Príncipe Felipe, por poner sólo algunos ejemplos.

Pero sin embargo quiero hablarles de la Comunitat real, la que no sale en los titulares pero que trabaja honradamente cada día. Quiero hablarles del final de una época, del final que ese fundido a negro que Canal 9 simboliza. De principios. De todo lo que podríamos construir en la Comunidad Valenciana, más que de todo lo que se ha destruido. Quiero hablarles de la Comunitat, pero sobre todo desde la Comunitat.

Sin embargo, para cambiar la realidad primero hay que conocerla y asumirla.

Permítanme que les aporte algunos datos sobre la situación de la CV que tal vez a algunos de ustedes les sorprendan.

Somos la única que en los últimos 20 años ha perdido sistemáticamente peso en su renta per cápita. Estamos 14 puntos por debajo de la media española. Si la crisis ha devuelto a España a las cifras de 2003, a la Comunitat la ha situado en la década de los 90.

Tenemos, además, una losa en forma de deuda. Debemos 30.000 millones a las entidades financieras. Y la peor cifra de todas, la del paro. 700.000 parados, casi el 30%, tres puntos por encima de la media española.

Con su reverso insoportable de exclusión social. Casi un tercio de la población valenciana en riesgo de pobreza.

Somos la Comunidad del 30% de paro, del 30% de deuda y del 30% de exclusión social. Y esta es la realidad que me propongo cambiar.

La Comunitat Valenciana puede salir de la crisis y ser el motor de la economía española, no lo duden. Pero para eso necesitamos un proyecto nuevo que dé respuestas distintas a los problemas.

Voy, pues, a reflexionar con ustedes, de manera directa y sincera sobre lo que es necesario para la Comunidad Valenciana y para España.

Me gustaría que estas consideraciones fueran entendidas a modo de brújula, un sistema de principios e ideas fuerza que nos debe orientar en un territorio político, social y económico enormemente complejo y repleto de incertidumbres. Como sabes bien Presidente...

La reflexión que me gustaría compartir con ustedes gira alrededor de cuatro ideas:

La primera de ellas es mi convicción de que la desafección de la política es la herida de la democracia.

La segunda idea se refiere al ámbito de la economía y es tan sucinta como clara: no hay atajos para llegar a la prosperidad.

La tercera reflexión atañe al estado del bienestar: el estado del bienestar nos hace más competitivos, contribuye al crecimiento y al desarrollo económico.

Y por último la cuarta idea es mi firme convicción de que el mejor pegamento de España, lo que nos une, es la igualdad.

1. La desafección hacia la política no es solo por la crisis

La primera idea que he apuntado hacía referencia a la necesidad de dar soluciones a la creciente desafección de los ciudadanos hacia la política.

Es cierto que la profundidad y la gravedad de la situación económica en España y en especial en la Comunitat han actuado como catalizador de este sentimiento. Un malestar social generalizado que hunde sus raíces en la falta de respuestas de la política.

Es vital para la convivencia fortalecer la democracia. Las tiritas no paran una hemorragia. Los ciudadanos están poniendo en cuestión el sistema mismo. La sombra de la corrupción planea sobre todas las instituciones del país.

Fíjense bien, el informe de Transparencia Internacional para 2013 muestra que España ha descendido 10 puestos en el índice de transparencia. Del puesto 30 al 40.

Y además la sensación de impunidad está firmemente asentada entre los ciudadanos, que entienden que las conductas corruptas quedan demasiadas veces amparadas por ese veneno para la democracia y para el estado de derecho que es la impunidad. Impunidad para los que arruinan una administración.

Impunidad que ampara a los responsables de acabar con el sistema financiero y estafar a miles de familias con productos tóxicos. Impunidad para los que conceden indultos para kamikazes gestionados en despachos de abogados donde trabajan familiares del Ministro.

Impunidad para los que desde 2006 niegan la justicia y el respeto y condenan al olvido a los familiares de las 43 víctimas del accidente del metro de Valencia. Impunidad para los que han arruinado la RTVV valenciana, manipulándola, corrompiéndola...y que ahora la cierran.

Impunidad para los que roban y no pagan impuestos.

Se lo oí decir a Iñaki Gabilondo el otro día y no es una pregunta retórica: ¿De verdad queremos acabar con la corrupción? Sí, que quede claro, nosotros queremos acabar con la corrupción.

Hay que actuar ya. Democracia y corrupción son radicalmente incompatibles. Y quien la ampara, protege y tolera también es políticamente responsable.

Transparencia, honradez y ejemplaridad. Los tres antídotos contra la corrupción.

Es necesario reformar la Ley del Indulto para que no se pueda indultar a los corruptos, devolver la centralidad de la vida política al Parlamento o reforzar las competencias y recursos del Tribunal de Cuentas

2. No hay atajos hacia la prosperidad

La segunda idea que quiero transmitirles es la importancia de aprender las lecciones de esta crisis. Y está claro: no hay atajos hacia la prosperidad.

Hace unos años la economía no era el problema. Pensábamos que siempre se crecería y que el pleno empleo era posible. La burbuja inmobiliaria parecía que nos acercaba el

bienestar de países como Francia o Alemania. Y no era cierto. El atajo nos llevó al precipicio.

Los ciudadanos ahora esperan que reaccionemos ante el abismo económico al que nos están empujando unas políticas restrictivas que se plantean como un fin en sí mismo y no como un medio para garantizar la solvencia.

Por supuesto, hay que hacer ajustes para recuperar la competitividad y el empleo. De eso no tengo ninguna duda. Pero esa política tiene que estar legitimada socialmente.

La gente tiene que ver que los costes de ese ajuste se reparten equitativamente y para ello hay que comprometer a los agentes sociales y a las CCAA que tienen buena parte del presupuesto público.

No se pueden imponer recortes dramáticos de forma unilateral como si fueran meros ajustes contables, como si no afectaran a la vida de millones de ciudadanos. Además, nuestra economía no saldrá del atasco solo con recortes.

Nos comentaba un alto funcionario europeo que una Pyme española y una danesa se enfrentaban a la misma competencia internacional, pero con tres grandes diferencias:

- 1) que una danesa accede al crédito con facilidad.
- 2) el coste de la energía es menor
- 3) y la administración actúa con eficacia.

En España una Pyme por un préstamo de medio millón de euros paga un 35 % más de intereses que la media europea y un 77 % más que una empresa alemana.

En España una Pyme paga un 20% más que la media europea por la energía...de momento.

En España, la administración no está creando las condiciones necesarias para las empresas. Según el Banco Mundial, cada vez es más difícil hacer negocios: Desde el 2012 hemos pasado del puesto 44 al 52, ocho puestos perdidos en un año.

Como saben, las empresas españolas salen a competir en medio de la crisis con una mano atada a la espalda. Y las valencianas aún lo tienen más difícil con una Administración en quiebra que contagia su situación a todo el tejido económico con más de 7.000 millones de facturas por pagar.

La desaparición de nuestro sistema financiero supone una nueva vuelta de tuerca más: En 1995 teníamos la tercera y la cuarta caja de España y ahora no tenemos nada.

No se trata de una cuestión menor, se trata de la pérdida de sensibilidad sobre las necesidades financieras de nuestras empresas y de cientos de puestos de trabajo cualificados que se han trasladado.

Para superar estos frenos a la competitividad es necesario adoptar en mi opinión algunas medidas ambiciosas como la creación de un Banco Público para Pymes, sacar del caos

al sector energético, pasar de una Administración soberbia y disciplinaria a una cooperativa y reformar el sistema fiscal.

Sobre esto último permítanme un matiz: ni subir impuestos es de izquierdas ni bajarlos tampoco. Depende de cómo se establezcan.

Se puede salir crisis a la nórdica, ganando competitividad a base de ser más productivos, o a la asiática devaluando salarios y derechos.

La cultura hacia la competitividad en la que creo es la cultura del esfuerzo, la valoración del trabajo y el reconocimiento del mérito. Lo que han hecho durante décadas tantos empresarios y trabajadores valencianos.

Dos universidades valencianas aparecen en 11 rankings entre las mejores, 22 millones de turistas nos visitan, tenemos un superávit comercial del 110%, somos la tercera región exportadora de productos agrícolas de España, el 94% de la producción de azulejos está en Castellón...

La nueva política económica se debe asiente sobre la economía productiva, sobre la economía real. En otras palabras: hacer mejor lo que sabemos hacer bien.

Una economía de la corresponsabilidad, en la que la ambición de emprender, de innovar y de generar conocimiento tenga su beneficio, pero también en la que las empresas creen empleo, cumplan con sus responsabilidades sociales y se atengan a las reglas de buena conducta.

No hay atajos hacia la prosperidad. El camino es el trabajo inteligente, la constancia, y el acuerdo social. Un pacto para garantizar el Estado de Bienestar.

3. Las políticas de bienestar nos hacen más competitivos

La tercera idea es que los países más competitivos del mundo son los más cohesionados y con menos desigualdad.

El beneficio de la cohesión social y de la reducción de las desigualdades es algo que no se contabiliza en los cálculos económicos más miopes.

Con una sanidad, una educación y unas pensiones públicas bien gestionadas gana la sociedad en el conjunto, no solo los que se benefician directamente.

La educación es el ejemplo más claro. Es el elemento del Estado de Bienestar que más contribuye al crecimiento económico.

Fíjense bien, más de la quinta parte del crecimiento de los últimos dos decenios de la economía española es atribuible de forma directa e indirecta a las contribuciones de las Universidades. Por eso la educación tiene que ser una política de estado y no un arma ideológica.

La gran mayoría de los ciudadanos y de la comunidad educativa asisten indignados a un Gobierno que se niega a dialogar y que impone a la fuerza una contrarreforma en solitario. Pero no solo es cuestión de leyes, también es de políticas.

Con las mismas leyes hay más diferencia en resultado escolar entre la Comunitat y Asturias que entre España y Finlandia. O en Andalucía, donde a pesar de la crisis, más de 20.000 alumnos y alumnas han conseguido realizar sus estudios post-obligatorios gracias a la Beca 6000.

Soy plenamente consciente de la necesidad de reformar el Estado del bienestar para hacerlo viable y sostenible. Y no rehúyo las preguntas incómodas para la izquierda como el debate público/privado, el papel de los agentes sociales en la gestión o la redistribución.

Pero una cosa es afrontar con seriedad las reformas y otras utilizarlas como coartada para hacer negocio con los servicios públicos.

Les podré un ejemplo de la Comunitat sobre la sanidad. Las resonancias magnéticas se privatizaron y unos años después la Sindicatura de Cuentas en un Informe cuyo título es clarificador 'Resonancias Magnéticas: Una oportunidad de ahorro' demostraba que la gestión pública de las resonancias ahorraría hasta 16,7 millones al año a la Generalitat.

No hay que ser ni fundamentalista estatalista ni fundamentalista privatizador. Hay que ser eficaz. Eficacia en la gestión que tiene que estar acompañada de una financiación justa y solidaria.

Hay menos recursos y los que hay están injustamente repartidos, como paso a exponerles en la última idea fuerza que les he planteado.

4. La igualdad es el pegamento de España

La última idea que les quiero comentar es que creo en la diversidad y en el respeto a la diversidad.

Pero para fortalecer este proyecto en común de convivencia que es España necesitamos consagrar el principio básico de que todos los españoles tienen derecho a la prestación de los servicios básicos en condiciones de igualdad, con independencia del territorio donde vivan.

El choque intencionado entre los nacionalismos periféricos y el centralista está ocultando un problema estructural de nuestro Estado Autonómico.

La utilización electoral del papel de las CCAA y del Gobierno central provoca una pérdida de perspectiva de los buenos resultados del modelo diseñado en la Constitución y la urgente necesidad de modernizarlo.

La culpa de la crisis no la tienen las CCAA. Ni la solución pasa por acabar con ellas.

Lo que sí es un obstáculo para la salida de la crisis son las injusticias consolidadas en el actual modelo. La España actual es asimétrica, injusta e insolidaria en cuanto al reparto de recursos.

Si tomamos el sistema de financiación autonómica encontramos diferencias entre territorios difícilmente justificables.

Hay diferencias de un 25% en cuanto a los recursos por habitante entre las CCAA de régimen común y del 40% con las forales. Hay comunidades que reciben 862 euros más por habitante y año que otras para financiar los mismos servicios.

El caso de la Comunitat es paradigmático. Recibimos 204 euros menos que la media a pesar de tener una tasa de paro casi tres puntos superior, una renta per cápita 14 puntos por debajo y las peores previsiones de crecimiento.

Si recibiéramos lo mismo que la media -solo lo mismo que la media- tendríamos 1.000 millones de euros más al año. En dos décadas hemos dejado de ingresar 13.000 millones de euros.

El modelo actual, a pesar de ser mejor que los anteriores, es insostenible y hay que cambiarlo. Eso sí, la reforma no puede partir de "este es el dinero que hay y que las CCAA se lo repartan como puedan". Eso es enfrentar a los territorios. Esa es una visión nacionalista.

No se trata de hablar de un trozo de la tarta, se trata de hablar de toda la tarta. Lo primero es decidir las prioridades (Sanidad, Educación, Servicios Sociales...), y luego, en función de las competencias asignar los recursos.

Por tanto, lo que planteo es una reforma global del sistema de financiación de todas las Administraciones Públicas. Lo peor es no hacer nada y decir constantemente aquello de "ahora no toca"

Es urgente la reforma, una reforma federal basada en la igualdad y no en el statu quo. Pero no habrá ningún modelo institucional que funcione sin lealtad, la igualdad básica comporta también que se aplique el principio de lealtad general que rige en los Estados más avanzados.

Entiendo este debate desde la lealtad pero no permitiremos que el precio de esa lealtad sea la discriminación de la Comunitat Valenciana o de cualquier otra Comunidad.

Conclusiones

Señoras y señores,

Como he expuesto, por razones no sólo políticas sino sobre todo económicas y sociales, la Comunidad Valenciana tiene más que necesidad, urgencia extrema de cambio.

El cambio pasa por un cambio político. El barco zozobra y el capitán ha perdido no sólo el rumbo, que era completamente errado, sino la capacidad de llevar el timón y reaccionar.

Si seguimos así "nos vamos a pique".

La pregunta es ¿queremos aspirar al bien común o al sálvese quien pueda?

Nuestra tarea no es fácil.

Y para eso propongo cambiar nuestra forma de hacer política, escuchar al adversario, legitimar de nuevo la interlocución social porque no hay soluciones milagrosas a nada.

La Comunidad Valenciana tiene las mejores condiciones para cambiar el curso de los acontecimientos: infraestructuras, comunicaciones, trabajadores cualificados, centros de investigación y universidades, empresas líderes en el sector de la distribución, el agroalimentario o el azulejero, cultura tradicional del emprendimiento...

Lo único que no cuadra es que estemos en esta situación catastrófica. Lo único que cuadra es trabajar por un futuro distinto.

En ese futuro quizá haya menos recursos, pero lo que sí habrá es mucho margen para hacer las cosas mejor, de una forma nueva.

Porque nuestra tierra lo tiene todo para dar la vuelta a la situación, me siento con fuerza para comprometerme a dos cosas.

Primero a mantener esa brújula con sus cuatro puntos cardinales:

- 1) Combatir la desafección de la política y la corrupción.
- 2) Apostar por la economía real ya que no hay atajos para llegar a la prosperidad.
- 3) Salvaguardar el estado del bienestar para garantizar la cohesión social y contribuir al crecimiento económico.
- 4) Garantizar la igualdad entre españoles.

Y segundo, unir a los valencianos buscando la colaboración de todos los sectores de la sociedad civil para hacer frente a los retos de la Comunidad Valenciana.